

Primera Exposición del Libro Americano y Español

ACTO INAUGURAL

Especial brillo alcanzó el acto inaugural de la Primera Exposición del Libro Americano y Español, verificado en el Salón de Honor de la Casa Universitaria, el 16 de Noviembre de 1936.

Presidieron este acto las siguientes personas: el Ministro de Educación Pública, señor Francisco Garcés Gana; el Rector de la Universidad, señor Juvenal Hernández; el Embajador de los Estados Unidos, señor Hoffman Phillip; el Ministro de Cuba, señor Alfonso Hernández Catá; el Secretario General de la Universidad, señor Enrique L. Marshall; don Domingo Amunátegui Solar; don Miguel Luis Amunátegui; don Gustavo Lira, Decano de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas; don Carlos Atienza, Director General de Educación Secundaria; el conde Cerialberto Grillenzoni, agregado cultural de la Embajada de Italia; y los señores Adolfo Gana, Carlos Acuña y Eugenio Orrego, Miembros de la Comisión Organizadora de la Exposición.

Asistió, además, un público numerosísimo que llenaba por completo las diversas aposentaduras del Salón Central.

HABLA EL RECTOR

El Rector de la Universidad, señor Juvenal Hernández, pronunció el siguiente discurso:

«Próxima a cumplir cien años, la Universidad de Chile ha creído que la mejor forma de celebrar su aniversario es esta Primera Exposición del Libro Americano y Español.

La institución conocida con el nombre de *Grupo América*, del Ecuador, organizó en 1935 una exposición del libro hispano-americano. En aquel torneo le correspondió a nuestra Universidad la más alta distinción por las obras editadas en sus prensas, y tan señalado honor nos indujo a provocar por primera vez en Chile esta reunión, en que se ha querido exponer, junto con la manifestación externa del progreso de las artes gráficas, la expresión del pensamiento de tres Continentes.

Hablar del libro es hacer el elogio mismo de la cultura en su expresión más eficaz, porque desde que la imprenta hizo posible la difusión de los conocimientos, puede decirse que los dones del espíritu comenzaron a ser un patrimonio de todos. Cuando el escritor, el biógrafo o el hombre de ciencia y hasta el soldado entregaban al pergamino, que pendolistas hábiles o frailes prolijos estampaban con sus escrituras en el refugio de las celdas, las efusiones creadoras de la inteligencia sólo podían esperar que alcanzaran a los privilegiados de la cultura o a los escasos humanistas que frecuentaban las aulas. De tal manera el manuscrito constituía una reserva para los menos o una profesión alta de las clases adineradas. Aun en tiempos anteriores a la edad moderna, no se podía concebir que el vulgo, el pueblo mismo, o la mujer que vivía reclusa en su hogar, hubieran podido participar en esa fiesta de los mejores.

Esta Exposición del Libro, en la cual participan todos los países de nuestro Continente, y que, bajo los auspicios de la Universidad contribuye a celebrar el auge editorial de nuestro país, nos indica cómo han cambiado los tiempos y cómo los dones de la perfecta instrucción están al alcance de todo el mundo. A ello contribuye también, en la medida de sus no abundantes recursos, la Universidad misma, que entrega regularmente a la publicidad obras que se imprimen en sus talleres y que representan las actividades constantes de su afán por los progresos de la cultura.

Por otra parte, esta Exposición me mueve a reclamar para la Universidad de Chile otro derecho a la gratitud de propios y extraños: en efecto, a ella pertenecieron y con sus obras contribuyeron a consolidar su prestigio intelectual, don Andrés Bello, maestro de maestros, a quién tanto le deben las letras y las ciencias filológicas y jurídicas; don Diego Barros Arana y don Miguel Luis Amunátegui, investigadores y bibliógrafos eminentes; don Ramón Briceño, tan injustamente olvidado, a quién le debemos la primera Estadística Bibliográfica, «obra

compuesta, según reza su título, en virtud del encargo especial del Consejo de la Universidad de Chile», siendo miembro de la Facultad de Filosofía y Humanidades; y, sobre todo, don José Toribio Medina, el mayor de los bibliógrafos americanos, a quién contó en su seno la Universidad desde los días de su fecunda juventud, cuando, junto con premiar una de las más importantes de sus obras, la imprimía también a sus expensas. Las investigaciones de Medina, sus obras todas, muchas de las cuales fueron publicadas por la Casa Universitaria, constituyen la fuente más segura para conocer los orígenes y los destinos de la imprenta en América y cuanto se relaciona con la bibliografía continental, lo cual equivale a decir que es el maestro por antonomasia del libro.

¿Cómo no evocar esas sombras tutelares de la Universidad al inaugurar una Exposición o, más bien dicho, una fiesta del libro en esta Casa? En nombre de ellos, que representan el sentido de nuestra tradición cultural, que integran el valor de cuanto más alto tienen las letras chilenas, declaramos hoy abierta esta Exposición, que reúne, en un interesante empeño de solidaridad hispano-americana, a todos los pueblos de nuestra raza.

En su aspecto material, el torneo a que asistimos es la demostración más evidente del progreso que han alcanzado las empresas editoras de América y principalmente de Chile.

El incipiente desarrollo de nuestros medios, sobre todo los de carácter económico, nos hizo tributarios constantes, durante el desarrollo de nuestra vida independiente, del editorialismo extranjero, tal vez porque los recursos de que nos dotó la naturaleza bastaban para la satisfacción de nuestras necesidades materiales, y el alimento del espíritu lo buscábamos en donde se daba con mayor profusión; pero el concurso de factores de muy diversa índole nos hizo independizarnos de la tutela a que nos encontramos sometidos, y aquí tenemos los frutos que hemos alcanzado. Podemos sentirnos orgullosos del aprovechamiento que dimos a las enseñanzas y experiencias de los que nos precedieron en esta rama del progreso.

Por cierto que las circunstancias que crearon este progreso, y que son, principalmente, de índole económica, no han afectado a los Estados Unidos de Norte América, que habían alcanzado ya y superado, en muchos de sus aspectos, el adelanto de las civilizaciones del viejo Continente. No obstante, concurren también a este torneo las Universidades y las editoriales

de la Unión Americana, que así se codean y confraternizan con los pueblos de las hablas portuguesa y española.

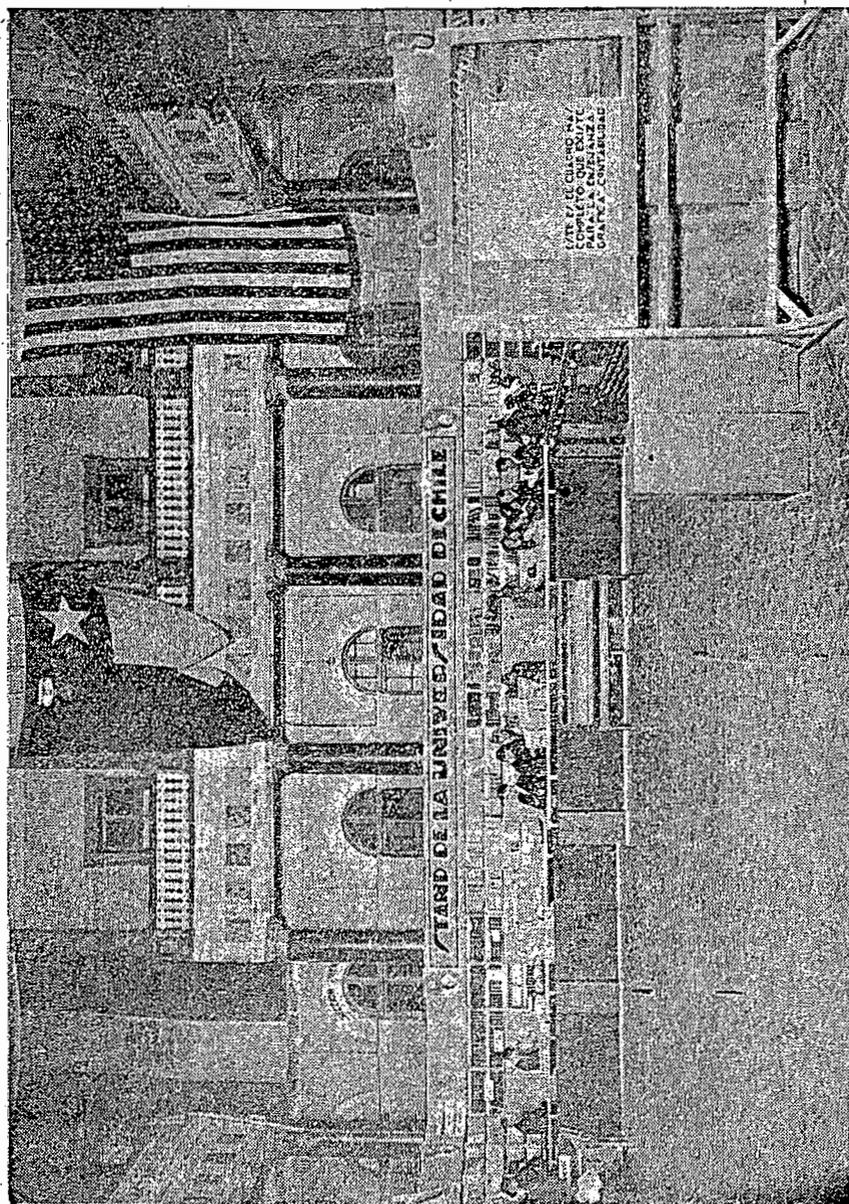
Pero los progresos a que me refiero no son sólo el resultado de acontecimientos económicos que pusieron trabas o limitaron el comercio internacional; por el contrario, ha habido un espíritu motor que concurrió eficazmente a producirlos, cual es el ansia de cultura que se apodera, cada vez con más profundidad y con raigambres más firmes, de los individuos, cualesquiera que sean las clases sociales de que forman parte.

Desde este punto de vista ha sido la educación pública de Chile, en sus distintos grados, la verdadera causa de nuestro adelanto en la industria del libro, puesto que ha sido también ella la que, con sus maestros que ejercen su ministerio a través de todo el territorio nacional, ha logrado despertar interés por los problemas del espíritu hasta formar un número tal de lectores que hiciera posible el nacimiento y auge de empresas nuevas, precisamente en los momentos de mayor crisis. Esto prueba que el libro es una necesidad imperiosa, a la que los pueblos no pueden substraerse, aun a despecho de sus alternativas de orden político, social y económico.

Por eso ha merecido y merecerá siempre el respeto de los estadistas y gobernantes. Hasta en aquellos países en que el abuso de la fuerza o las necesidades impuestas por las circunstancias limitaron los más preciados atributos de la personalidad humana que se refieren a la manifestación de la libertad de conciencia por medio de la expresión del pensamiento hablado o escrito, siempre se tuvo una amplia tolerancia para el libro, porque no sólo es el alma del autor, sino que el alma de los pueblos y de la Humanidad.

Egipcios, persas y babilonios constituyeron en deidad al Ganges, al Eufrates o al Nilo, porque sus corrientes fecundas arrastraban el légamo que habría de transformar en producción, en progreso y riqueza. El libro es hoy todo eso y mucho más, puesto que es un continuo formador de hombres, un constructor de pueblos y hasta un hacedor de la naturaleza misma.

Las sociedades modernas, si hubieran de crear una nueva deidad, del libro deberían hacerla, porque es su alma, su conciencia, su vida entera.



Vista parcial del Stand de la Universidad de Chile.